

PJV con los jóvenes que están

(1º escenario pastoral según EG14):

qué espiritualidad, qué formación, qué comunidad y qué compromiso

Josep Otón

Doctor en Historia, catedrático de instituto y profesor
en el Instituto Superior de CC. Religiosas (Barcelona)

Consideraciones iniciales: “los que están”

- 1.1 “Estar”: la seguridad del grupo
- 1.2 Estar de paso
- 1.3 Estar caminando juntos: proceso de crecimiento

1. ¿Qué espiritualidad?

- 1.1 La oración comunitaria: “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” Mt 18, 20
- 1.2 La oración personal: “cuando vayas a orar entra en tu habitación y Dios que ve en lo secreto te recompensará” Mt 6, 6

2. ¿Qué formación?

- 2.1 La Biblia
- 2.2 El pensamiento
- 2.3 La cultura juvenil

3. ¿Qué comunidad?

- 3.1 La amistad, clave del Evangelio
- 3.2 Comunidad y persona
- 3.3 Injertados en una tradición

4. ¿Qué compromiso?

- 4.1 Implicación en las causas sociales
- 4.2 Responsabilidad en la comunidad
- 4.3 Evangelización

Consideraciones iniciales

Mi primera consideración va orientada a plantearnos quiénes son los que están o, también, qué significa “estar”. Porque solemos identificar el hecho de “estar” con el “estar integrado” en un grupo, asociación, o bien participar en una serie de actividades. Entonces “estar” se confunde con la adscripción a un colectivo determinado.

Somos seres gregarios y necesitamos establecer vínculos con otras personas. En el caso de la fe, esta tendencia connatural se traduce en la necesidad de compartir la vida en un entorno comunitario. Ahora bien, a pesar de que esto constituye uno de los pilares de la vida cristiana, como veremos, no está exento de riesgos.

En el Evangelio aparece caricaturizado un colectivo, el de los fariseos. La pertenencia a un grupo concreto, con el correspondiente cumplimiento de prescripciones y la realización de determinados rituales, les confiere certeza respecto a la corrección de cuanto hacen.

Los propios discípulos caen en una trampa similar. Se sienten satisfechos por pertenecer al grupo de los elegidos de Jesús, se arrogan el derecho de condenar a los que están fuera de este círculo, aspiran a ocupar cargos importantes... El “estar”, “formar parte de”, a veces, genera orgullo.

Sin embargo, “estar” no implica haber llegado todavía a ninguna meta. Significa estar en un camino de conversión, de crecimiento. La comunidad resulta imprescindible para emprender este camino -caminamos juntos, como nos indica la idea de sinodalidad-, siendo conscientes del peligro de absolutizarla, de convertirla en un ídolo. Porque, con frecuencia, sacralizamos el colectivo, el grupo, el movimiento, la comunidad. En vez de valorarlo por cómo contribuye a acercarnos a Dios lo transformamos en un sucedáneo de transcendencia.

De esta confusión deriva el proselitismo y cierta arrogancia que aleja a los que están llamados a acercarse a la comunidad creyente. Recordemos que el papa Benedicto ya advertía sobre este peligro al referirse al atrio de los gentiles.

También hay que tener en cuenta a los que están, pero a regañadientes. Están de paso, con una fidelidad provisional. Participan en las actividades organizadas por instituciones religiosas a la espera de tener un plan de vida alternativo, más atractivo o más acorde con sus intereses personales.

Por tanto, el reto es consolidar este sentimiento de “estar caminando juntos”, establecer vínculos, ofrecer la posibilidad de arraigo. Pero no para construir un grupo cerrado, una especie de arca de Noé, una zona de confort que disimule nuestra inmadurez, sino para ser un apoyo en el proceso de crecimiento.

Con la intención de analizar en qué consiste este “estar caminando juntos” abordaremos el tema de la espiritualidad, la formación, la comunidad y el compromiso.

1. ¿Qué espiritualidad?

La espiritualidad presupone un “encuentro”, una “interrelación”. Para que este encuentro se pueda producir hay que partir de una interioridad, el corazón en términos bíblicos. Esta interioridad, o corazón, es el campo de la parábola del sembrador. Cuanto más trabajada esté la tierra, con mayor facilidad la semilla dará fruto. Ahora bien, no basta con trabajar la tierra, no basta con realizar ejercicios de introspección o de atención. Hace falta la Alteridad.

Diversos escenarios ofrecen el marco adecuado para este encuentro con el Otro. La espiritualidad en la pastoral juvenil debe promover el equilibrio entre la oración

comunitaria (“donde hay dos o tres reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” Mt 18, 20) y la personal (“cuando vayas a orar entra en tu habitación y Dios que ve en lo secreto te recompensará” Mt 6, 6).

Toda espiritualidad tiene una dimensión colectiva. Los miembros de la comunidad se encuentran para orar juntos. El peligro radica en convertir las celebraciones en eventos sociales -o en auténticas performances- en lugar de ser un espacio de encuentro personal con Dios en un contexto comunitario, tal como sucedía con Jesús y sus discípulos o según el testimonio de las primeras comunidades.

Por otra parte, la espiritualidad se nutre de la oración personal. No obstante, hay que estar atentos al peligro que supone la tentación del narcisismo, tan propio de una sociedad que vive un individualismo exacerbado.

La oración comunitaria sin el trato personal de amistad con Dios se convierte en un acto cultural, no cultural, o en un espacio de socialización. La oración personal sin la dimensión comunitaria nos deja a merced de los espejismos del subjetivismo. Desconectados de lo real caemos en un bucle de autorreferencialidad.

2. ¿Qué formación?

La fe no se puede reducir a unos postulados racionales, pero tampoco puede ser una invitación a la irracionalidad. Los contenidos de la fe reclaman un acto de confianza, pero no por ello dejan de ser razonables.

Hay que entender lo que se cree, aunque la inteligencia no baste para asumir la relación con un Dios transcendente. Todos los componentes de la personalidad están invitados a participar en el acto de creer. No en vano, hay que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (Mc 12, 30). La fe no se limita a pensar o a sentir.

La formación debe encaminarse a cultivar todos estos aspectos del ser humano llamados a participar en la aventura de la fe. Me centraría en tres ámbitos que no se pueden descuidar: la Biblia, el pensamiento y la cultura juvenil.

No nos podemos conformar con los conocimientos bíblicos de la catequesis infantil. Hay que profundizar en los textos, acercarlos a su contexto para captar su significado más profundo, sin llegar a hacer disecciones o disertaciones académicas, más propias de especialistas. Porque hay que acercar los textos a la realidad cotidiana y no percibirlos como una excentricidad, una especie de metaverso. La Palabra presenta la complejidad del ser humano, con sus luces y sus sombras, para mostrar cómo Dios se revela en la historia, en la vida. Sucedió hace siglos y ese testimonio no es un resto arqueológico, sino un vestigio que nos permite investigar, buscar el tesoro escondido en nuestro contexto particular.

También hay que abordar el tema del pensamiento, de la filosofía, de la literatura, de la ciencia... Es necesario conocer el pensamiento explícitamente cristiano (muchas veces un gran desconocido), así como el escéptico (que su parte de razón tiene) o el aséptico (que también puede plantear temas muy sugerentes). A pesar de muchos desencuentros, durante siglos, el cristianismo ha entablado un diálogo fecundo con el pensamiento de cada época. Nos corresponde ahora volver a asumir una tarea similar.

Y no podemos abordar una pastoral juvenil para el mundo de hoy sin reconciliarnos con la “cultura” propia de estas edades. Me refiero tanto a la música como a las redes sociales o a las manifestaciones artísticas. No se trata de claudicar y disfrazarnos de modernos para atraer a los jóvenes. Se trata de conocer sus lenguajes y que sean los propios jóvenes, alfabetizados en esta nueva ágora, los que transmitan el mensaje con los medios propios de su tiempo y de su edad.

3. ¿Qué comunidad?

Leer el Evangelio implica adentrarse en una historia de amistades. La fe que enseñó Jesús de Nazaret no se aprende estudiando un manual filosófico. Penetró en el corazón de sus coetáneos porque se desarrolló en un ambiente de amistad, de compartir la vida, ilusiones, fracasos y vivencias profundas.

Todo ser humano necesita establecer vínculos con un grupo de referencia. Y, los jóvenes, en pleno proceso de crecimiento y de configuración de la propia identidad, todavía más.

Sin embargo, corremos el riesgo de convertir el “grupo” en un suplantador de identidad, como sucede con las denominadas tribus urbanas o los grupos de fans o de *freakies*. Faltos de una identidad propia y madura, se asumen las creencias, la estética y los hábitos de un determinado colectivo que presta su idiosincrasia y ahorra al individuo la farragosa tarea de explorar su propia existencia. El individuo se convierte, entonces, en un elemento de una masa social que le sustrae su singularidad.

En cambio, la palabra “comunidad” va de la mano del concepto “persona”. Las comunidades están constituidas por personas y uno se hace persona a través de una relación estrecha con una comunidad.

En este sentido, la comunidad cristiana es transmisora de la experiencia acumulada por generaciones que han tenido que asumir el reto de ser persona y de integrarse en un contexto comunitario. Solos, siendo francotiradores o llaneros solitarios, solo somos un campo que por sí mismo no da fruto. Necesitamos acoger la semilla, el testimonio de nuestros antecesores en la fe, para que dé el fruto que corresponde a la particularidad de esta tierra.

4. ¿Qué compromiso?

En una sociedad que promueve el zapping emocional, la obsolescencia relacional programada, el concepto “compromiso”, tan propio de la tradición cristiana, puede producir cierta prevención. En la cultura del *like* parece poco apropiado pensar en proyectos a largo plazo. Predomina la inmediatez y la prisa. Cambiar es sinónimo de mejorar. Y todo compromiso, en vez de ser percibido como un ejercicio de la propia libertad, es entendido como una atadura que nos hace menos libres.

También proliferan movimientos reivindicativos masivos que movilizan multitudes a través de las redes sociales. Pero parece que el cristianismo se decanta más por compromisos de índole personal que, sin rehuir las grandes preocupaciones de la sociedad, intentan aportar su granito de arena, su implicación vital sin caer en los espejismos propios de bandos donde alinearse.

Ser cristiano es, por definición, estar comprometido con una causa: la de Jesús de Nazaret. Desde esa experiencia personal es posible ser sal, luz o fermento en tantas luchas sociales que reclaman nuestra participación activa.

Ahora bien, podemos entender el concepto “compromiso” como si se tratara de un contrato con un grupo, movimiento o comunidad. Entonces compromiso se traduce en apoyo a una organización determinada y con cierto afán de expansionismo, o proselitismo como diría el papa Francisco.

El compromiso en términos cristianos es una adhesión al proyecto del Reino que Jesús predicó, una opción que, lejos de enarbolar banderas, nos hace detenernos en nuestra ruta prefijada para, interpelados por la realidad, actuar como el buen samaritano. En esto consiste evangelizar, en llevar la Buena Noticia a todo el mundo, transmitir esperanza, levantar al caído... Un compromiso que se traduce en obras, pero sin ocultar vergonzantemente cuál es la fuente que nos alimenta.